

La historia del secuestro y el escape en Haití

Compartido por Sam Stoltzfus; uno de los secuestrados

19/12/21

Estoy aquí con temor y temblor, regocijado en lo que Dios ha hecho. Gracias por sus oraciones. ¡**Gracias por sus oraciones!** Dios es el mismo ayer, hoy y para siempre. Servimos al mismo Dios que Sadraac, Mesac y Abenego sirvieron, quien los sacó del horno ardiendo. El mismo Dios que tuvo Daniel y el mismo Dios que saco a Pedro de la cárcel. Un ángel apareció y las cadenas cayeron de las manos y los pies de Pedro. Las puertas abrieron por su propia cuenta. Los hermanos estaban orando pero no esperaban que él apareciera. ¡Proclamó con regocijo la fidelidad de este mismo Dios! El Señor ha caminado con nosotros cada paso del camino.

Mis pensamientos están desordenados. En los últimos dos meses creo que hemos experimentado cada emoción que existe y esta mañana estoy lleno de muchos sentimientos. Pido sus oraciones. Pido que Dios tome control y me da palabras. Solo tuve una hora para preparar para compartir y siento que tengo seis horas de información para reducir a una hora.

El viernes compartimos nuestra historia con el FBI. Mi entrevista demoro seis horas. Tuve la oportunidad de compartir con ellos lo que el Señor hizo para nosotros. Compartí el evangelio y ellos lloraron. Anoche compartí con mi familia durante cinco a seis horas. Que Dios reciba toda la gloria.

Dos semanas antes que fuimos secuestrados, CAM* nos envió un correo pidiendo un informe del programa de los huérfanos. Nuestro programa es pequeño y no había un encargado. Siendo que Dale estaba más libre, pedimos a él encargarse del programa.

He estado en Haití 3 años y conozco bien el idioma y la cultura. En cambio Dale recién se había mudado a Haití. Por eso me pidió comunicar con el director del orfanato. Unos haitianos de una iglesia menonita se encargan del orfanato. Nunca estuve allí pero tenía ganas de encontrarme con ellos.

Llamé al director y le pregunté si podemos llegar para visitar al orfanato, jugar con los niños, y tomar fotos para un informe. Él dijo, “Claro que sí, vengan no mas, traigan tanta gente como quieren y le daremos un tour del orfanato.” Primero hablamos de ir el jueves hasta que él mencionó que debido a la visita los niños no irían a la escuela ese día. No quise los niños pierden un día de clases y por eso decidimos que visitarles el sábado sería mejor.

Sábado, el 16 de octubre de 2021 era un día hermoso. Todos subimos al bus de quince pasajeros. Dale manejó y Wesley, el mecánico, sentó en el asiento delantero. Las hermanas sentaron en la parte delantera donde había asientos más cómodos y yo me senté atrás. Antes de salir tuvimos una oración. Pedimos que la mano del Señor nos acompañe y proteja.

Antes de llegar al orfanato encontramos un paro donde había llantas quemando. Tienen que entender que durante el último año, la situación política en Haití ha llegado a ser mucho peor de lo que usted se imaginé posible. A menudo encontrábamos paros. Eso es lo que sucede cuando la gente olvida de Dios y se entrega a Satanás. Pero Dios estuvo con nosotros, haciendo su voluntad. Al llegar al paro, no pude ver bien lo que estaba sucediendo porque estaba sentado atrás pero me preocupé. Dale no tuvo mucha experiencia manejando en Haití siendo que solo había llegado hace dos meses. Si yo estuviera manejando hubiera disminuido la velocidad. A veces hasta me paré y bajé para ver el caso y hablar con los pandilleros. Muchas veces es algo de poca importancia y se puede llegar a un acuerdo con ellos. No digo que Dale hico mal, pero Dale aceleró y pasamos el paro. Dimos gracias a Dios y pensábamos que todo estaba bien.

*CAM es Christian Aid Ministries (Ministerio de Ayuda Cristiana)

Llegando al orfanato el director nos dio un tour y algunos de nosotros jugamos futbol con los niños. Antes de salir nos sirvieron plátano frito, pollo frito y bebidas heladas.

Un poco después de la una de la tarde salimos para volver a casa. Otra vez estuve sentado atrás. Habíamos viajado unos quince minutos cuando vi una ambulancia. No sé si fue robado pero era una ambulancia de verdad y boqueaba la mitad del camino. Pandilleros armados corrían de acá para allá. Mi primer pensamiento fue que estos eran policías pero de repente dije, “No, no este es la pandilla Papaya.”

Supe que había muchas pandillas en este lugar y pensé que este era la pandilla Papaya. La noche anterior, al hablar del viaje, yo había comentado que espero que las papayas se queden en los árboles cuando pasamos por allí.

Dale rápidamente volteó en U y regresamos hacia el orfanato. Pensábamos que habíamos escapado aunque no sabíamos como íbamos a regresar a casa.

De repente una camioneta se acercó y empezaba a adelantar por el lado izquierdo. La parte trasera estaba llena de hombres armados. Pensamos que no importaba si nos pasaban; quizá estaban persiguiendo a otro. De repente la camioneta se metió directamente en frente de nosotros. Frenamos tan bruscamente que las llantas del van chillaron y casi chocamos con la camioneta. De repente las armas nos apuntaban.

Los hermanos de CAM planeábamos tener la Santa Cena el domingo, el día siguiente. Nunca tuve un culto de preparación mejor. Mi vida cruzó por mi mente como un relámpago al mirar las armas. Mi corazón latía fuertemente, pero seguía confiando en Dios durante todo el suceso. Sentía que estaba preparado para ir al cielo si Dios me quiso llevar.

Uno de nuestro equipo había sido asaltado dos veces durante un plazo de diez meses. Esto sucede en Haití; es de esperar. También hay secuestros diarios. Pero la mayoría de los secuestrados son de otras nacionalidades. Yo esperaba que me roben en Haití, pero nunca esperaba ser secuestrado.

Pronto estos hombres armados nos indicaban dar la vuelta. Volteamos y nos dirigíamos otra vez hacia la misión. ¡Excelente! Esto fue la dirección en el cual queríamos ir. Tal vez nos estaban permitiendo ir. Tal vez habían visto que éramos gringos y no querían entrometerse. Estábamos clamando, “Señor, sálvenos, líbrenos de aquí.”

Parecía que habían mudado la ambulancia pero todavía bloqueaba el camino. Otra vez el camino estaba lleno de pandilleros que nos detuvieron. Algunos corrieron hacía las ventanas y Dale alzó ambas manos.

Había un camino muy angosto saliendo a la derecha con paredes por ambos lados. Señalaron que entremos por este camino. Mi corazón se hundió. Habíamos salido del camino principal. Frente a nosotros había otro camión y frente a ello había un Prado Land Cruiser. Estaban acorralando personas para secuestrarles.

“¡Armas!” gritaron ellos. “Danos todas sus armas”. Por fin les persuadimos que no tuvimos armas y nos dejaron.

Durante los siguientes diez minutos los pandilleros caminaron de acá para allá mirándonos. Pidieron nuestros celulares y dinero. No insistieron mucho, y no les dimos todo. Queríamos nuestros celulares y billeteras.

Luego la ambulancia se acercó de atrás y todos nos pusimos de marcha. ¿Qué sucedía? ¿Será que nos estaban secuestrando? ¿Qué harían con nosotros? No supimos. Empecé a enviar mensajes a mi familia y al grupo de jóvenes de mi iglesia pidiendo que oren.

El camino se volvió más ancho. Parece que los pandilleros creían que esto era peligroso y que nuestro chofer intentaría tomar otro camino. Llegaban corriendo y abrieron la puerta del chofer. Con violencia arrastraron a Dale del asiento y le golpearon por la cara. Luego le alzaron y le metieron a la parte trasera de la ambulancia. Clamamos “Señor, salve a Dale.” ¿Qué harían con él? Estábamos muy preocupados.

Uno de los pandilleros tomó el asiento y puso el vehículo en marcha. Empezó el paseo más loco de nuestras vidas. Los caminos en Haití son terribles y atravesamos estos baches en velocidad excesiva. Rebotamos hasta pegar la cabeza contra el techo. En una oportunidad el vehículo casi se trancó. El chofer a menudo nos miraba, sonriendo con satisfacción por la presa.

En todo este tiempo estábamos clamando a Dios y se sentía la presencia del Señor allí mismo con nosotros. Sentíamos paz, sin embargo el temor quiso entrar en nuestros corazones.

Para este entonces empecé a mensajear con un grupo WhatsApp llamado Sucesos en Haití. Es un grupo donde se avisa acerca de cosas como paros y otros sucesos dentro del país.

Escribí el siguiente mensaje: *Por favor, oren por nosotros. Estamos siendo hostigados y/o secuestrados por la pandilla Papaya. Somos 15 americanos; hombres, mujeres y niños. Tomaron el control de nuestro vehículo.* (Después nos enteramos que no fue la pandilla Papaya sino la pandilla 400 Mawozo que nos secuestraron).

Por un lado sentí que no debía enviar este mensaje, como que estuve dudando de Dios. Me parecía que estuve llamando un número de emergencia. Vacilé antes de enviarlo porque sentía que enviarlo era una falta de fe. También temía enviarlo porque los secuestrados involucran a los políticos. Temía que este mensaje llegaría a las autoridades involucradas en los secuestrados.

Por fin envié el mensaje pero por el señal pésimo no salió de inmediato. Oré que si no era la voluntad de Dios que enviara el mensaje, que no saldría. En seguida salió.

Pronto llegaron mensajes. “Estamos orando.” “Danos su ubicación”.

Abrí Google Maps pero me costó recordar cómo enviar la ubicación. Logré enviarlo aunque otro dijo que no era una ubicación correcta.

Somos humanos y siento que en varias ocasiones durante nuestro secuestro nos equivocamos y tuvimos que clamar a Dios pidiéndole su perdón.

Nuestro paseo violento nos llevó a un campo grande de estacionamiento. Ellos estacionaron los vehículos y nos emocionamos mucho al ver a Dale y estar reunidos nuevamente.

Los pandilleros empezaron la celebración con fumar y tomar. Ellos estaban tranquilos y riéndose. Nos observaron como que estaban admirando la presa. Les hablamos de Jesús y del hecho que confiamos en el Señor. Les dimos folletos y *La Antorcha de la Verdad*.

Empezaron a pedir más celulares, dinero, y billeteras. Estamos agradecidos que solamente robaron el dinero, dejándonos las billeteras y los documentos.

Durante una hora estábamos allí. En un momento uno abrió la puerta trasera donde Austin y yo estábamos sentados. Austin solo había llegado a Haití 24 horas antes de ser secuestrado. Había llegado para ayudar con la reconstrucción después del terremoto en el sur.

El pandillero parecía como todos los demás pero después nos enteramos que él fue el segundo en autoridad de los jefes de la pandilla. Él y el líder principal fueron los que decidieron secuestrarnos. Él repetía, “mi cabeza está en el aire, mi cabeza está en el aire.” Empezó a acariciar a Austin, sintiendo su cabello y su cara. ¿Qué sucedía? ¿Qué haría este hombre?

Después de una hora todavía no sabíamos que sucedía pero sí supimos que tuvimos mucho calor y sed.

Dentro de poco un pandillero empezó a manejar. ¿A dónde íbamos? El camino no era el mismo por el cual entrábamos. ¡Excelente, ojala que este camino nos lleva al camino principal! El Señor está obrando y saldremos de esta situación en seguida.

Pero el camino era un callejón sin salida. A la izquierda había una choza y un edificio más grande. Después nos enteramos que el edificio se llamaba *la casa del diablo*. Allí paramos. Vimos que estábamos en una situación mala y nos pusimos tensos y con mucho miedo.

Empezaron a demandar que entreguemos todos nuestros celulares y billeteras. Previamente yo había informado a los otros que debían cooperar si ellos demanden estas cosas. No vale la pena arriesgar nuestra vida y pelear por estas cosas. Entregamos todo.

Allí estábamos durante otros 10 a 15 minutos. ¿Qué sucedía? ¿Qué querían? Parecía que estaban considerando qué hacer con este grupo de americanos.

Estuve desesperando para saber qué estaba sucediendo. Siendo que yo conocía bien el idioma me tocaba conversar con ellos. Nunca me he encontrado con un hombre más malvado que este líder. Nunca soñé encontrarme con personas que descaradamente dicen que sirven al rey Satanás. Pero creo que Dios pudiera salvar su alma si él se humilla y se arrepienta.

Empecé a hacer preguntas. “¿Qué sucede? ¿Qué desean de parte nuestra? Ya tienen nuestras billeteras y celulares. ¿Qué más pueden sacar de nosotros? Por favor, ¿pueden dejarnos ir ahora?”

“De ninguna manera,” respondieron ellos. “Queremos tres millones de dólares.”

“No podemos dar tres millones de dólares. No lo tenemos. Somos cristianos y no les podemos dar el dinero que pertenece a Dios”.

“Danos tres millones de dólares,” demandaron.

“No.”

“Ya, entonces salgan del van.” En este momento empecé a temer por las hermanas. Ellos estaban sentados en los asientos delanteras. Cuando bajaban, les llevaron al otro lado del van. Parecía que ellos querían que los demás quedaran en el van. Oramos por las hermanas, clamado a Dios. Llevaron a algunas de ellas y los hicieron parar junto al edificio. ¿Qué sucedía? En un instante entendíamos. Querían que los demás quedamos en el van. Tenían malas intenciones.

“¡Fuera!” grité. “Salgan todos del van. ¡Salgan! ¡Salgan todos!”

No nos pudieron detener. Todos brincamos del van. Me puse frente a las hermanas y los demás del grupo hicieron cola detrás de nosotros. El edificio a nuestra espalda era la casa del diablo donde practicaron su hechicería y Voodoo. Era un lugar terrible. ¿Qué harían? ¿Nos matarían?

Cantamos, oramos, e intentamos confiar en Dios. Seguramente cientos de personas ya habían escuchado de nuestro secuestro y estaban orando.

Mientras paramos allí, ellos empezaron a revisarnos. Creo que Dios protegió a las hermanas porque no les revisaron muy bien. El líder me revisó y hasta reviso mis zapatos. Los quité pero él no encontró ningún dinero. Creímos que habían robado todo nuestro dinero pero después Matt encontró más o menos \$12.00 dólares en moneda nacional. Esto resultó una gran bendición al momento de nuestro escape.

Allí paramos cantando pero ellos nos dijeron que debíamos parar. Seguimos cantando pero con más calma.

Sacaron sus celulares y tomaron lo que ellos llamaron el último video. ¿Nos matarían? Dios, estamos en sus manos. Estamos preparados para ir contigo.

La casa tenía dos cuartos. Sacaron a dos presos haitianos de uno de los cuartos. Ellos tenían sus manos y pies amarados. Parecían muy sucios y en malas condiciones. Estamos muy agradecidos que nunca nos amararon.

Me indicaron entrar en este cuarto de donde habían sacado los dos presos. No supe qué estaba sucediendo. ¿Por qué quieren meterme en este cuarto pequeño solito? Pero enseguida me di cuenta que los demás me estaban siguiendo. Nos pusieron en este cuarto pequeño que media más o menos 4 metros por 3. Cerraron la puerta y ya no quedaba duda de que habíamos sido secuestrados.

Allí sentamos apretados en este cuarto pequeño. Aunque habíamos sido secuestrados por fin sentimos una paz. Todos estábamos juntos. Nadie había sido separado del grupo. Esto hubiera sido sumamente difícil. Dios sabía lo que podíamos aguantar. Empezamos a orar, a hablar y a cantar. *“El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende”* (Salmos 34.7).

Estábamos muy agradecidos que tuvimos unos colchones donde dormir. Algunos no eran cómodas pero fuimos bendecidos porque los secuestrados en el otro cuarto no tuvieron colchones; solamente cartón.

Durante las primeras semanas batallamos más guerras espirituales que jamás en mi vida. Nos casaba mucho. Satanás atacaba a los niños, especialmente durante la noche. Ryan y Melody tuvieron una niña de ocho meses y un niño de tres años. También había un niño de seis años, hijo de Ray y Cheryl. Cuando Satanás los atacaba se asfixiaron. Parecía que literalmente habían sido poseídos por el demonio.

Clamábamos a Dios en el nombre de Jesús. “Señor, venga, líbrenos. Venza el poder de Satanás.” Dios lo hizo. Después de dos a tres semanas esta situación se alivió; el Señor puso un cerco alrededor de nosotros y ya no sucedía.

Desde afuera nuestra situación seguramente parecía peor de lo en realidad era. Ellos nos trataron mejor de lo que se pudiera imaginar; siendo secuestrados en Haití. Nos trataron bien, por decirlo así. Creo que fue porque somos americanos y parece que ellos pensaban; les tenemos aquí dónde queremos que estén. Les trataremos bien pero les guardaremos aquí hasta que nos han complacido en todo lo que queremos. A veces nos traían papitas fritas, frutas y postres como también bebidas heladas. Aún más importante, nos dieron agua. Nos sirvieron dos comidas por día. En la mañana nos sirvieron tallarines con la mitad de un huevo sancochado para cada persona. En la tarde nos sirvieron arroz con frejoles.

Al principio nos sorprendió que nos trajeran tanta comida americana de los supermercados. Pero mientras pasó el tiempo se enojaron más y más con nosotros para presionarnos a pedir dinero de rescate y disminuyeron la comida. Yo perdí ocho kilos de peso.

Nosotros esperábamos que Dios nos rescatara de allí. Pero mientras el enojo de los pandilleros aumentó, Satanás nos tentó. A veces empezamos a dudar y preguntar porqué no paguen el rescate.

Mackenson parecía buena gente pero nos dimos cuenta que él era el brujo. Él era un hombre muy malvado. Al principio él decía y se fingía ser cristiano. Tuvimos que hablar con él cuando necesitábamos algo porque él iba al pueblo para hacer las compras. A veces tuvimos bastante sed hasta que él traía más agua. No le gustaba comprar agua porque parecía que la padilla le daba cierta cantidad de dinero para comprar lo que necesitábamos y lo que no gastaba para nuestras necesidades, él metía a su propio bolsillo. En las últimas semanas él empezaba a murmurar más y más y fue muy lento en traernos las cosas que habíamos disfrutado al inicio.

En el transcurso de esta primera tarde, el jefe de la pandilla quien se llamaba Lanmo San Jou que significa *muerte sin días*, abrió la puerta y nos pidió el número de nuestro jefe. Respondimos que no sabíamos el número pero que si traigan uno de nuestros celulares, lo podíamos encontrar. Él se sorprendió que ninguno recordó el número y dentro de poco trajeron el celular de Ryan. Sacó el número de Barry y lo marcó con su propio teléfono. Él me informó que debía hablar con Barry y contarle lo que había sucedido, que habíamos sido secuestrados y que estaban requiriendo un precio de rescate para librarnos.

Barry contestó la llamada y con preocupación preguntó si estamos bien y si todos estamos juntos. Le informé que estábamos todos juntos, que habíamos sido secuestrados y que estamos bien. En esto el jefe tomó el celular e informo a Barry que no tiene mucho tiempo pero que están demandando 17 millones de dólares; 1 millón para cada persona y que si no recibe el dinero pronto, empezará a matarnos. Barry le respondió “por favor, recuerde que estas personas pertenecen a Dios. Ellos están aquí para hacer la obra de Dios.” En esto Lanmo se paró y se alejó mientras hablaba con Barry.

Durante esta primera semana estábamos desesperados para poder hablar con Barry u otro conocido. Queríamos informar a nuestros familiares que estábamos bien. Pedimos hacer una llamada pero no habíamos memorizado ningún número. Seguimos insistiendo que queríamos llamar. Lanmo se hacía que no tenía el número. Después de más o menos siete días Lanmo sacó su celular y allí tenía el número de Barry. Él nos dijo que debíamos llamar a nuestro jefe y pedir el precio de rescate. Él marco el número y nos permitió hablar con Barry. Pero solamente nos permitió hablar un ratito; tal vez 30 segundos. En vez de pedir el dinero, Barry empezó a hacerme preguntas “¿Cómo están? ¿Están juntos?” Y nos dijo que todo el mundo está orando.

Aunque él jefe no sabía inglés (ninguno de ellos lo sabían), él agarro el celular y cortó la llamada. Él entendía lo suficiente como para saber que no estábamos pidiendo dinero.

Aunque fue sólo una semana desde el secuestro, ya sentimos muy solos. Escuchar que todo el mundo estaba orando por nosotros, nos hizo llorar de alegría. Creo que fue cierto; hijos de Dios en todas partes del mundo estaban orando por nosotros.

En esta oportunidad pudimos ver el número de Barry y lo copiamos. Algunos lo memorizaron.

Tuvimos dos lapiceros. El primer día nos dieron un rollo de toallas de papel. Usábamos este rollo como papel, para escribir. Me da pena que no escribí un diario como algunos de los otros hicieron, pero esperé ser librado en la primera semana. Cómo éramos tantos—diecisiete personas—sabíamos que era un caso de mucho importancia y esperábamos que dentro de la semana fuéramos rescatados.

Durante todo el tiempo de nuestro secuestro, sólo nos encontramos con una persona que hablaba bien el inglés. Nos preguntábamos porqué secuestraron a tantos americanos si ninguno hablaba inglés. La persona que mencioné, entró en el campamento la primera noche. Él era un negro y dijo que era americano. Nos dijo que está al lado nuestro y que se está arriesgando por venir y hablar con nosotros. Dijo que va bajar su mascarilla para poder conversar bien, como amigos.

Con la experiencia que tuve en Haití, pensé que lo más probable fue que este señor fue el mismo líder de la pandilla o alguien involucrado en la política. Él preguntó a cada uno de qué estado vienen y cada vez dijo, “Si, allí estuve, sí, allí estuve.”

Como una semana y media después de la captura, Mackenson entró con el radio en alta volumen, anunciando las noticias. Estaba diciendo que el militar estadounidense estaba llegando

a Haití para librar a los secuestrados. Las guardias estaban asustadas y nosotros emocionados. La Biblia dice que las autoridades no llevan la espada en vano; a ellos les toca ejecutar juicio. Tal vez Dios usaría el militar para librarnos. Dimos gracias a Dios.

Los guardias, asustados, mandaron que nos alistemos para mudarnos. Nosotros también nos asustamos. ¿Qué harían con nosotros? ¿Nos llevarían a un barranco para matarnos y botarnos allí?

Cargaron todos los colchones y desarmaron los cables. Tuvieron un generador y habían puesto cables provisionales para que tengamos ventiladores. Haití es un país caluroso y estábamos muy agradecidos por los ventiladores.

El lugar donde nos llevaron fue mucho más bonito. En nuestro derredor había chacras e hileras de árboles de coco y mango. De día nos dejaron salir de nuestra habitación, pero tuvimos que quedar dentro del campamento. Durante el día había cinco guardias, pero de noche siempre había siete a diez; los refuerzos llegaron con armas más grandes. Cada tarde a las 6 nos hicieron entrar a la casa y echaron llave. Dimos gracias a Dios de poder estar en un sitio más bonito. Las guardias a veces nos trajeron cocos, y estábamos muy agradecidos por la fruta.

Nos trajeron agua de un riachuelo para bañar. El agua parecía limpia, pero tenía microbios. Los primeros días había muchos zancudos y pronto nuestros pies estaban cubiertos de picaduras de zancudos y hormigas. Al rasgarlos, se abrieron un poco. Luego cuando nos bañamos, esta agua contaminada entró a las picaduras y crió gusanos. Todavía tengo unas llagas en mis pies que no han curado. Creo que fue debido a esto que luego libraron a varios de nuestro grupo; dos de las hermanas tuvieron tantas llagas que casi no pudieron caminar. Cuando la hermana Cheryl fue librado tuvo 50 de estas llagas en todo su cuerpo. En el nuevo lugar había menos zancudos, pero igual había muchos.

Pasamos por momentos de desánimo profundo. Una mañana sentí muy desalentado y quise estar sólo. Fui al otro lado de la casa y estuve allí orando, a solas con Dios. Allí estuve por más o menos 45 minutos. Luego, de reojo, vi a Mackenson junto al último árbol de mango en la hilera. Él se agachó y allí vi una bolsa negra con una botella de vino, adentro. La tapa era curiosa, con unos alambres atravesándolo. Mackenson colocó la tapa por la botella.

Mackenson vio que de reojo le miraba. Me dijo, “Esto es cosa del diablo. Si lo toques, le morderá.” Con eso se fue.

No dije nada. Oré, “Señor, ¿que debo hacer?” ¿Verdad que como cristianos debemos confrontar el mal? Sentí que era un desafío directo. ¿No debía hacer algo para mostrarle que no tuve miedo de la botella? Después de un rato tomé la bolsa y lo moví. Había hecho algo y él sabrá que no lo temía pero ¿qué diría él?

Después de un rato me reuní con los otros para el tiempo devocional de orar, cantar y compartir. Normalmente orábamos y cantábamos tres veces al día y en la mañana y noche cantábamos mucho. También gastamos muchas horas orando y testificando a nuestros guardias. Creo que ellos escucharon la predicación del evangelio los 63 días que estábamos allí.

Compartí con los otros lo que había sucedido con la botella. ¿Qué debíamos hacer? ¿Debíamos destruirla? Austin, él que fue secuestrado después de estar en Haití solamente un día, dijo “Claro, claro que sí que debemos botarlo”. Yo le pregunté si él quería el honor de hacerlo y él contestó que estaba dispuesto. Yo alcé la botella y dijimos, “Satanás, en el nombre de Jesucristo le reprendo.” Di la botella a Austin y él lo arrojó lo más lejos posible, al campo. De lo que pude ver, la bolsa y la botella se reventaron y salió un líquido rojo. Gracias a Dios nos habíamos librado de esto.

Estuve nervioso de qué resultaría de esto pero lo encomendamos a Dios. Mientras avanzaba el día, preocupaba menos. Cada mañana el brujo tapaba la botella y cada noche lo destapaba. Eran tan supersticiosos que de noche querían cerrar todas las puertas y ventanas para impedir que ingresen los espíritus malos y nos hieren. Nosotros, en cambio, siempre tratábamos de abrir las ventanas para recibir el aire fresco.

Ya se había oscurecido cuando Mackenson llegó esta tarde. Estábamos sentados en un círculo compartiendo, orando, y cantando. A pesar de que Mackenson se fingió ser un hombre amigable y cristiano, no lo era. Él era el brujo y fácilmente se enfureció. Él hablaba con los otros guardias en un tono muy animado.

Entonces me preguntó, “Samuel, ¿dónde está la botella?”

“Lo arrojamos”.

“No, No. Dime, ¿dónde está la botella?”

Él empezó a acercarse, amenazando atacarme. Yo grite “Satanás, en el nombre de Jesucristo, detente.” Él se retrocedió. Todos estábamos en un círculo, clamando a Dios.

Mackenson dijo, “Necesito tener esta botella antes que amanece. Ustedes no saldrán de aquí hasta que muestran dónde está la botella. Les vamos a golpear. Les vamos a matar.”

Respondí, “Estoy listo para esto. Adelante. Empiecen a golpearme.”

Mackenson nuevamente se acercó para atacarme. “En el nombre de Jesucristo le reprendo, Satanás,” dije. Él se detenía. Estaba sin poder. No pudo hacer nada. Después de un rato él se paró frente a la casa. Él no saldría hasta tener la botella, y no me permitirían entrar a la casa hasta que les dijera dónde está la botella. Yo estuve resuelto no decirles dónde estaba.

Para ellos, destruir la botella es igual a quemar una Biblia.

Estábamos orando. ¿Qué sucedería? Yo pensé que esta noche pondría mi vida. Se hizo más tarde. Estos dos a tres horas nos cansaron mucho. Ellos querían que los demás entren a la casa mientras que yo me quedara afuera. Siendo que hablé el idioma, todos me vieron como el líder del grupo. Al final las hermanas entraron pero los hermanos rehusaron abandonarme. Ellos me apoyaron y oraron. Seguimos orando y varias veces Mackenson intentó atacarnos pero siempre fallaba. Su poder satánico no funcionaba.

El señor llamado Chefla, quien fue el jefe de los guardias, vino y me dijo, “Si usted no nos muestra dónde está la botella, les golpearemos sin parar.” Sacando su arma, me preguntó, “¿Sabe cómo se llama esto? Esto es un arma. ¿Sabe lo que puede hacer?”

Respondí “Adelante, estoy listo para ser golpeado. Estoy listo para morir.” No le temía. Que paz y gozo hay en conocer a Dios. Que gozo en esperar ir a los cielos. Si él me disparaba, yo iría a los cielos, lo cual sería mucho mejor que estar aquí. Doy gracias a Dios y puedo testificar de su grandeza.

Ellos no tenían ningún poder para hacer nada. Por fin entramos a la casa pero aun después que estábamos adentro, ellos entraron varias veces insistiendo que les muestre dónde estaba la botella. Rehusé. Pensé que tal vez estaríamos despiertos toda la noche orando y buscando a Dios pero por fin nos permitieron dormir.

Ellos nos permitieron salir de la casa durante la noche si teníamos que usar el baño. Una tarde cinco de nosotros salíamos a la misma vez. Parece que los guardias pensaban que estábamos intentando escapar y empezaron a disparar al aire. El latido de nuestros corazones aceleró mucho aunque no estaban disparando hacia nosotros. Sabíamos que ellos temían que estábamos intentando hacer algo aunque no teníamos tales intenciones.

Después de estar en este nuevo lugar unas tres semanas nuevamente nos llevaron de regreso al lugar donde primero estábamos. Esta vez sacaron a todos los demás prisioneros y nos dieron los dos cuartos de la casa. Esta casa tenía varias puertas pero nosotros debíamos usar solamente la puerta delantera. La puerta trasera estaba asegurada con clavos. Además, afuera había una bolsa grande de cemento apoyado sobre la puerta. También había dos postes apoyados contra la puerta. En el transcurso del tiempo tomaron uno de estos para usar para amarrar a otro preso.

Anhelábamos ver a Dios obrar. Seguí animando al grupo. “Dios está con nosotros. Tengamos fe y simplemente salgamos caminando a la libertad. Lo peor sería que nos maten. Luego iríamos a los cielos dónde estaremos en mejores condiciones que aquí.” Pero algunos del grupo tenían mucho temor de hacer esto. Les entendía. También tuve miedo pero estuve listo para confiar plenamente en Dios y permitirle tomar todo el control.

Había toda una serie de eventos que nos guiaron a escapar y Dios nos guió en cada paso. Si Dios no hubiera segado los ojos de los guardias, creo que en este momento todavía estaría allí.

Casi cada noche, Andre, el hijo de Ryan que tenía tres años, tenía una fiebre. Orábamos y durante el día él se mejoró. Ya estábamos muy desesperados para ser librado.

Tal vez dudábamos de Dios y pusimos nuestras esperanzas en los hombres. Había unos aviones que casi cada día daban vueltas. Seguramente alguien nos ayudaría. ¡Urgía que salgamos de allí! Hicimos dos letreros de cartón. En uno escribíamos con carbón las letras SOS y en la otra NECESITAMOS AYUDA. Alzamos los letreros cuando salimos durante la mañana. Un una oportunidad uno de los aviones desaceleró lo cual tomamos como señal que habían visto los letreros pero nada sucedió. Después que escapamos el FBI nos informó que ellos vieron a Andre desde el avión. Ellos vieron que él estaba enfermo y que su barriga estaba hinchada pero no podía hacer nada. No sé porque no podían ayudarnos pero yo creo que Dios quería recibir toda la honra y gloria. Alzamos los letreros durante tres días pero nada sucedió. Los guardias estaban allí pero nosotros desarrollamos un sistema de avisar a los que alzaban los letreros cuando se acercaba un guardia.

Dios quería que confiáramos plenamente en él y dejáramos que él arregle todos los detalles. No fuimos rescatados por el brazo de carne sino que por medio de un suceso progresivo de milagros. ¡Dios ha hecho grandes cosas por nosotros!

Durante nuestro devocional el lunes en la mañana, estuve orando que Dios nos libre del humo constante de los cigarrillos. Es terrible tener que respirar el humo de segunda mano de tabaco y las drogas. Aborrecía el humo, la borrachera y las drogas. La música rap era terrible. Yo podía entenderlo y Satanás intentaba usarlo para establecerse en mi vida. Había profanidad constante y también traían a prostitutas.

Seguidamente hablábamos de escapar. Este lunes en la tarde había un hermoso arco iris doble en los cielos. Este señal de la promesa de Dios nos animó muchísimo. Tuvimos un buen tiempo orando y cantando. Esta misma tarde llovió mucho y todo se volvió un barro profundo. Esta noche hablábamos de escapar porque los guardias estaban muy ebrios y drogados. ¡Aquí es nuestra oportunidad! Vayamos. Caminemos por el barro y nos ensuciaremos como chanchos pero valdría la pena. Dios pudiera ayudarnos.

Pero no todos estaban de acuerdo. Fue un desafío constante mantener a todos unidos y en el mismo nivel de fe. Pero Dios estaba obrando en nuestros corazones y guiándonos en cada paso. El día siguiente el barro se secó más. Llegó el miércoles, el día de nuestro escape, y todavía no estábamos de acuerdo. Pensábamos que sería bueno si el generador estaría funcionando

cuando escapamos, porque tanto el generador como los ventiladores hacen ruido. Para este entonces Ryan y Melodi estaban desesperados para sacar a sus hijos, pues André estaba mal.

El miércoles de mañana pedimos a Wesley entrar secretamente al matorral al lado del campamento para ver si hubo camino o forma en que doce personas pudieran pasar. Él estuvo allí por una a dos horas.

Entre tanto, Ryan estaba orando a solas. Él estaba desanimado y clamó a Dios de todo corazón. Señor, si no debemos escapar, haga que Wesley se vuelva desanimado, diciendo que no podemos pasar el matorral. Sin saberlo, su esposa Melodi oraba la misma cosa. Wesley regresó con una sonrisa grande. “Creo que sí podemos.”

Melodi estaba peinando a una de las otras hermanas con el único peine que tuvimos, un tenedor plástica. Ryan, al caminar y orar, escuchó a Melodi contando a la hermana una historia de acerca de los abuelos de Ryan. Quisiera yo que Ryan estuviera aquí para contarle, pero esto es lo que entiendo de la historia: Los abuelos de Ryan tuvieron tres hijas de Syndrome Downs. Al tener más edad, ya no podían cuidarlos todos y pusieron a dos de ellas en un albergue para personas discapacitadas. Una de ellas fue violada repetidas veces por uno de los trabajadores.

Encontraron un bulto en su estómago y al investigar, dieron cuenta de que estaba embarazada. Los encargados del albergue dijeron a los abuelos, “Mira, este niño no será normal. No hay ni modo de que será normal. Aquí están los papeles para el aborto; fírmalo y nosotros lo pagamos.” Rogaron a los abuelos a que firmen.

¿Qué debían hacer los abuelos? Ya tenían sesenta años, tenían tres hijas discapacitadas, y ahora tendrían otro.

Ellos dijeron, “No, no firmaremos el papel.” Requería fe para tomar tal decisión. Meses después, el bebé nació, prematuro pero un niño perfectamente sano y normal. Uno de los tíos de Ryan ofreció criar al niño. Éste primo tiene la misma edad de Ryan y es un primo muy querido.

En nuestra reunión de oración a la una de la tarde, el Señor usó a Ryan en una manera poderosa. Con lágrimas él compartió la historia de sus abuelos. Ryan sintió que Dios le estaba haciendo una pregunta. “¿Estás dispuesto tomar el mismo paso de fe que tomaron sus abuelos?” A Ryan le asustó que Dios estuviera comparando su fe tocante el escape con lo que hicieron sus abuelos.

Antes que oramos, Ryan nos dijo que él siente que Dios le está pidiendo sacar su familia de allí. Yo estuve de acuerdo. Durante el transcurso de los dos meses yo siempre decía, “Hermanos y hermanas, tenemos que tomar el paso de fe y permitir que Dios se encarga de los detalles.” Pero no todos estaban de acuerdo y yo sabía que si no estábamos unidos, habría fracaso. No funcionaría.

Muchas veces sentí que tuve que escapar para mantener mi salud mental. La música que las guardias escuchaban era horrible. Un día cuando estuve deprimido, dije a los demás, “Yo salgo la otra semana. Si me acompañan, bien; si no, que lo pasen bien.” Estuve desesperado. Pero el Señor obró en mi vida, y confesé al grupo que estuve mal, y pedí perdón por haber hablado así. No saldría sin el grupo; quedaríamos juntos.

Pero ahora Ryan estaba diciendo, “Siento que Dios quiere que salgo con mi familia. Si nos quieren acompañar, están bienvenidos.” Los guardias nos habían dicho que si intentamos escapar y ellos nos descubren, nos matarían. Si sólo una parte escaparía, ellos matarían a los que quedan. Y si todos escaparían, el comandante mataría a los guardias. Ryan dijo que él cree que fue una amenaza, y tal vez no matarían a los que quedan. Él pidió que todos dieran su opinión.

Uno por uno dieron su voz, y ¡todos estaban de acuerdo! Por fin había unidad. Por fin el Señor nos libraría de este lugar malvado de drogas, humo, mal hablar, y los poderes satánicas. Todos tuvimos fe y por fin tuvimos el poder de la unidad. Hermanos, ¡hay poder en la unidad! Unidad entre hermanos mueve la mano de Dios. Jesús dijo que con fe el tamaño de un grano de mostaza, podemos mover montañas.

Estábamos tan gozosos por fin estar unidos. Empezamos a hacer planes y preparativos. Ryan dijo que si no funcione esta noche, pudiera ser otra noche, pero que ya debemos hacer planes. El Señor está con nosotros y podemos hacerlo. Planeamos salir entre las una y las tres de la madrugada. Juntamos nuestras cosas. O, qué alegría por fin ser unidos y estar haciendo planes. Claro, tuvimos miedo, pero todos estaban felices.

Había unos sofás cerca de la puerta donde esperábamos escapar. Los mudamos al otro lado de la casa, esperando que los guardias se sentaran afuera de aquella pared, y no la de la puerta. Hicimos unas cositas así pero no es que estábamos intentando ayudar a Dios; tuvimos fe que Dios obraría a nuestro favor.

Esta tarde había una puesta de sol hermoso, uno de los más hermosos que habíamos visto durante nuestro cautiverio. Había nubes opacas, parecía que iba a llover, y nos regocijamos. Pensábamos que sería mejor si lloviera. Cantamos el himno, “¿Son esas luces, las luces de mi hogar?”

Llovió un poquito, suficiente que nos emocionamos. Los guardias subieron al pórtico a causa de la lluvia y nos mandaron entrar temprano.

Otro motivo de regocijo era que debido a la lluvia el lunes, los guardias habían movido unos enchufes que estaban fuera de la puerta trasera. Antes, había un cable colgado cerca de la puerta trasera y ellos se sentaron allí para cargar sus celulares. Durante la noche el lunes, lo habían pasado a la puerta principal. Ya no sentarían afuera de la puerta trasera. Nos regocijamos mucho al ver cómo Dios estaba planeando cada detalle de nuestro escape.

Otra preocupación fue que todavía no tenían aceite para el generador. Habíamos pedido a Mackenson traer aceite, pero él fue uno de los hombres más olvidadizos que conocía. A veces pasamos dos días sin papel higiénico, y él siempre dijo que se olvidó. En la cena esta noche, alguien preguntó a Wesley si debemos pedir de nuevo a Mackenson que traiga aceite. Wesley dijo, “Pensé en eso, pero lo encomendé al Señor.” Decidimos no decir nada del aceite. Estábamos confiando en Dios y si él quiso que el generador estaría funcionando durante nuestro escape, él pudo manejarlo.

Una vez dentro de la casa esta noche, planeamos el orden en que saldríamos. Habíamos logrado meter unos palos a la casa durante el día. El plan fue meter el palo por un huequito en la puerta y empujar la piedra. También hubo un poste por fuera, apoyado contra la puerta. El lunes yo había movido el poste hacia la izquierda para que fuera más fácil agarrarlo cuando abrimos la puerta.

Ya tarde esta noche, Mackenson llegó y dijo “ay, si, el aceite. No hay aceite para el generador.” Dijimos que sería bueno tenerlo, hace mucho calor sin los ventiladores. André estaba con fiebre otra vez, y allí estaba Ryan, dándole aire con un plato descartable. Mackenson se paró allí buen rato, indeciso, y por fin llamó a su jefe y pidió que alguien trajera aceite. No sé de dónde vino el aceite, pero dentro de poco alguien lo trajo y el generador y los ventiladores estaban funcionando. ¡Alabado sea el Señor! ¡Gracias, Jesús! Fue otro milagro, aumentó nuestra fe, y confiábamos más en Dios. Él se estaba encargando de los detalles.

Planeamos despertar a las una. La mayoría no dormimos. Durante la noche escuché al jefe de los guardias gritando, diciendo que no están vigilando bien. Ellos salieron, caminando y alumbrando de acá para allá. Nuestras piernas se habían vuelto agua y mis pies temblaban. Pusimos bolsitas de agua en nuestros bolsillos. Los hermanos metieron el palo por el hueco y empujaron la piedra. Cayó hacia fuera, haciendo un ruido al caer. Poco después Brandon, de 15 años, queriendo ver lo que hacían las guardias, jaló un clavo de la puerta. El clavo estaba con herrumbre, y chilló al salir. Este ruido alertó a los guardias. El jefe vino a la puerta trasera y paró allí buen rato, investigando. Pero después de quedar allí unos minutos, salió. Creo que el Señor cegó sus ojos, y que él no vio que la piedra ya no estaba trancando la puerta.

Volvimos a nuestras camas, preguntando, ¿Señor, nos estás indicando que no debemos salir esta noche? Pensábamos que seguramente el jefe volvería y colocaría la piedra nuevamente. Esperábamos unos 45 minutos. Si íbamos a salir antes de las tres, tendríamos que salir pronto. Fui a hablar con Austin, el que antes siempre había estado en contra de escapar. Pero ahora Austin dijo, “Sabes, creo que Dios cegó sus ojos. ¡Vámonos!”

Respondí, “¡Sí, vámonos!”

Para este entonces los bebés de Ryan y Melodi estaban durmiendo de nuevo. Lloriquearon un poquito cuando sus padres les alzaron, pero pronto se calmaron. Habíamos hecho muñecos de las sábanas para dejar en las camas. Esperé poder salir silenciosamente, pero había muchos susurros, al planear los últimos detalles. Los guardias estaban pero muy nerviosos, escuchando ruidos de adentro.

A pesar de esto, sentimos que fue el tiempo dar el paso de fe y salir. Fue el tiempo y la voluntad de Dios. Lentamente Wesley y Dale abrieron la puerta. Movieron el poste, y metieron un palo en un huequito del poste para empujarlo hacia fuera, hasta poder salir y sacarlo. Wesley salió primero, miró de un lado a otro, y dijo, “No hay nadie.” Salimos en fila.

Nuestros corazones latían fuertemente. En cualquier momento esperábamos oír disparos. Dale y yo éramos los últimos en salir. Agarré la piedra y lo coloqué frente a la puerta otra vez. Dale agarró el poste y lo puso en su lugar. Salimos al matorral. Los guardias fácilmente nos pudieran haber visto. Imagínese el ruido que hicimos al caminar, los doce, por el matorral. ¿Nos escucharían? Pasamos el matorral, haciendo bastante ruido, pero no escuchamos ni gritos ni disparos. Nos metimos en el matorral más denso y nos agachamos para no ser vistos.

Pronto llegamos a un canal algo grande. Lo pasé fácilmente pero las hermanas casi no pudieron pasarlo. Puse un pie al agua y las ayudé a pasar. Lo bueno es que estábamos en marcha y avanzando rápidamente. Nos dirigimos hacia la Ruta 3, lo cual pudimos ver desde la casa.

Al dirigirnos hacia la ruta, había una luz brillante de seguridad por el cual nos dirigimos. Caminábamos por chacras. Pensábamos que la ruta sólo se quedaba a unas cuatro a cinco kilómetros. Después nos enteramos que era doce a dieciséis kilómetros. Logramos avanzar sin hacer mucho ruido. Cada vez antes que pasamos un pueblito, parábamos para orar. Señor, haga callar los perros y los gallos, y no permitas que nadie nos ve. Esta quietud fue un milagro, ya que Haití es un país muy poblado.

Como a las 4 o 5 de la madrugada llegamos a un lago inmenso. ¿Tenemos que cruzarlo? Creo que Ryan estaba pensando nadar. Dije no, vamos al oeste.

Después del lago, entramos en un matorral de espinos. Tuvimos que avanzar, pero por ratos nos perdimos. Había plantas con espinos enormes, y plantas de cactus tres veces más alto que nosotros. Esas paredes de cactus fueron casi impenetrables, y nos costaba dirigirnos. Clamamos al Señor que nos ayudara a pasar. Estábamos dirigiéndonos por la estrella del norte,

pero a veces ni pudimos ver las estrellas, tan densa era el bosque. Cada cuantas pisadas tuvimos que parar y sacar espinos de nuestros zapatos. Quisimos llegar a la ruta antes del amanecer, pero ya entendimos que fuera imposible.

Después de dos horas, por fin salimos de esta jungla de espinos. Dimos cuenta que estábamos más al norte de donde debíamos estar. Creo que Dios estaba dirigiendo en cada paso. Caminábamos por campos otra vez, siguiendo caminitos donde pasaban vacas. Otro milagro es que no nos encontramos con nadie. Si hubieras vivido en Haití por unos años, entenderías que realmente fue un milagro caminar por dieciséis kilómetros y no encontrarse con nadie. A veces oímos voces, pero no vimos a nadie. Tuvimos miedo de todos, siendo que esto era territorio de la pandilla, y tuvimos miedo que cualquiera que nos ve avisaría a la pandilla.

Llegamos cerca al camino, y la mayoría del grupo se escondió. ¿Ahora qué? ¿A dónde vamos, y qué haremos? Orábamos. En la distancia vimos a alguien cortando leña. Wesley y yo decidimos ir a hablar con él. Tuvimos miedo que él avisara a la pandilla, pero lo encomendamos al Señor.

Antes de llegar al señor que estaba cortando leña, nos encontramos con otro hombre. Le saludamos, y le pedimos cómo está. Le dijimos que queremos prestar un celular, ya que las baterías de las nuestros se habían descargado. Fue verdad, estoy seguro que ya hace mucho tiempo las baterías de nuestros celulares estaban descargadas. Pero el señor dijo que no tuvo un celular.

Le pedimos si él supiera de alguien que tuviera un celular que pudiéramos prestar. Él apuntaba hacia una casa en la distancia. “¿Son buena gente?” preguntamos. Él dijo que sí.

Nos acercamos a la casa, temerosos. Pero cuando vi a dos hombres frente a la casa, practicando instrumentos, tuve más confianza. Estaban practicando para cantar en un culto.

Le pedimos si pudimos prestar un celular. Nos hicieron muchas preguntas pero intentamos no decir más de lo necesario. Incluso pregunto cuántos éramos. Les explicamos que las baterías de nuestros celulares estaban descargadas y necesitábamos llamar urgentemente. Por fin nos informó que su celular no tenía saldo.

“Mira,” les decimos “aquí tenemos 5 dólares. Vaya y recarga \$2.50 y guarde los otros \$2.50 o recarga todos los \$5.00. Es urgente que hacemos una llamada.”

Por fin él se puso de acuerdo y subió a su bicicleta para ir y hacer la recarga. Después de quince minutos vino de regreso, jadeando y sudando.

Marcamos el número de Barry. Él contesto “Aló, aló, aló”.

“Ponlo en alta voz porque esta malogrado,” nos informó el dueño. Aunque no queríamos que él escuche más de lo necesario, no tuvimos otra opción.

“Hemos sido rescatados,” informamos a Barry.

“Ah. Ah. Ah. Ah. ¿Qué?” pregunto Barry.

“Sí, Dios nos libró a noche y estamos al lado de la ruta nacional #3.”

“¿Pero dónde?” pregunto Barry. “¿Me puede enviar su ubicación? ¿Dónde están? ¿Salieron todos?”

“Sí, todos salimos. Pero estamos usando un celular prestando y no sabemos si podemos enviarle la ubicación. Estamos cerca del cerro de la cabra.”

“Creo que sé dónde están. Vendremos. ¡Estamos en camino!” Barry y otro hermano vinieron en dos vehículos para recogerlos.

Wesley había regresado al grupo y yo estuve hablando con los hombres de quienes había prestado el celular.

“Mira,” me dijeron “la policía está allí abajo en el pueblito.” La realidad era que yo temía la policía nacional siendo que ellos son tan corruptos. Volví a llamar a Barry y le di mejores direcciones. Él me dijo, “Ten mucho cuidado con lo que dices y no digas mucho. El FBI está involucrado en el caso y es un desastre.”

Bajé por el camino para caminar hacia los policías. Temía porque había mucho tráfico. Todo el mundo tenía conocimiento del secuestro. Era muy raro para un gringo estar caminando a lado de este camino y mucho más porque tenía cabello tan largo que cubría mis orejas, un bigote tan largo que entraba en mi boca, y mi barba más largo que nunca.

Moto taxis, vehículos y aun una moto donde montaba un pandillero se detuvieron. Todos querían verme. ¡Desesperadamente quería salir de allí!

Llegué dónde el policía y le di la mano a un hombre muy amable.

“¿Puedo sentarme aquí en esta maleza y esperar hasta que me recogen?”

“Claro que sí.”

Allí me senté esperando.

Después de un rato el policía me llamo y me pregunto “¿Qué sucede?” Él era tan amable pero le respondí de una manera muy evasivo. “Mira,” me dice “dime qué es su problema. ¿Qué está sucediendo?”

“Sí, en realidad estamos en problemas.”

“¿De dónde vienen? ¿Dónde viven?”

“Los Estados Unidos.”

“No pero ¿dónde viven en Haití?”

“Titanyen.”

“¿Usted pertenece al grupo de 17 misioneros que fueron secuestrados hace dos meses?”

“Sí.”

“Está bien. Mira, nosotros le ayudaremos a salir de aquí. ¿La pandilla los soltó?”

“No. En realidad escapamos. Dios nos quitó de allí.”

Él seguramente creía que los pandilleros ya nos están buscando. En esto Barry llegó con el vehículo. Dios lo coordinó perfectamente porque en este mismo momento el resto del grupo vinieron caminando y todos llegaron al mismo momento y subieron a los vehículos.

El policía nos informó que habían llamado refuerzos y que debemos esperar hasta que ellos llegaran porque necesitábamos que ellos nos acompañen.

Barry es un hombre de mucha fe. Él respondió “Muchas gracias, muchas gracias pero no necesitamos a nadie.” Salimos pero entramos en tráfico congestionado. Nuestros corazones todavía latían fuertemente pero estábamos felices. Muy felices, llegamos a la base de CAM.

Regojijamos muchísimo estar en un lugar seguro. Estábamos cómodos. ¡Alabado sea Dios!

Todavía quiero decir esto; amen a sus enemigos. Bendiga a los que les maldice. Haga bien a los que les aborrecen y les persiguen. Tuvimos momentos de tentación. A veces Satanás nos dijo que debíamos coger las armas y disparar a los guardias y de esta manera librarnos. Consideramos esta posibilidad pero siempre lo vencimos. Tuvimos oportunidades en que pudiéramos haber hecho esto y creo que de punta de vista humana no hubiera sido muy difícil matarles y salir. Pero ¿saben qué? Las escrituras funcionan. El Señor Jesús es nuestro libertador y su poder es más poderoso que la espada y las fuerzas terrenales.

Que nuestro Rey celestial, el todopoderoso y eternal, reciba toda la honra, gloria y alabanza. Él es el Alfa y Omega, el Principio y el Fin que vuelve pronto para su novia. ¿Usted será fiel en este momento? ¿Está dispuesto dar su vida si Dios le llama hacerlo?

Que Dios les bendiga. Oremos.

Amado Señor Jesús. Venimos a ti dándote las gracias y la adoración. Venimos a ti para ensalzar tu nombre omnipotente. Señor, queremos darte las gracias por el milagro que obró para nosotros. Verdaderamente para nosotros vivir es Cristo y para morir es ganancia. Señor, si deseas, queremos compartir este testimonio en todo el mundo. Deseamos que tú recibas toda la honra y la gloria.

Tú lo hiciste. Sin ti no hubiéramos podido ser librado. Tú lo hiciste. Gracias, Jesús, por salvarnos. Gracias por contestar las oraciones de todos los que oraron. Seguramente fueron millones.

Gracias por amigos, familiares y amados. Dios, gracias por nuestra herencia. Hemos sido criados y enseñados de ti. No lo merecemos. Pudiéramos haber nacido pandilleros y crecido sirviendo a Satanás, el pecado, y ser perdidos eternamente. Señor, no merecemos la salvación. Tú nos has sacado del lodo cenagoso, ha puesto nuestros pies en la roca, y ha establecido nuestros caminos. Gracias, Padre.

Dios, oramos que en medio de esta generación malvado levantes a hombres y a mujeres que pueden ponerse en la brecha. Los que están dispuestos entregarse completamente y sin poner condiciones a tu señorío. Derramado como vino en su altar, dado como pan para alimentar a los hambrientos. Tú dijiste que debemos orar que más obreros van a la mies en estos últimos días. Oremos por obreros equipados para hacer la obra y que están dispuestos enfrentar al enemigo.

Dios, te doy las gracias y te alabo. Gracias por este grupo de hermanos y hermanos en Cristo. Gracias por mi familia. Ahora son más precios que jamás han sido. Además doy gracias que tus santos en todo el mundo pueden orar el uno por el otro. Señor, anhelo tu venida cuando ya no habrá más lágrimas. Te amamos, te loamos y te adoramos.

En el nombre de Jesús, amen.

El 16 de diciembre de 2021 nuestro Dios todopoderoso libró a los 12 misioneros que todavía estaban secuestrados. Este mismo día volvieron a los Estados Unidos.

Gracias a Samuel Stoltzfus por compartir la historia. Gracias a Glenn Martin, Kathy Ramer y Mabel Brubacker por su ayuda en escribir la historia.

Traducido por Ernest y Regina Martin ermartin@emypeople.net

Publicado por Plain News 25/12/2021 news@plainnews.org